

VILLEGAS LOPEZ

versal, y acabará por llevarse a Hollywood. La obra más sutil y depurada de su etapa inglesa es, sin duda, «Saboteajes» (1936), adaptación libre de una novela de Joseph Conrad. Todos los elementos que pueden apoyar o hacer concreto el suspenso, están aquí prácticamente eliminados. Su mecanismo está montado al aire y sólo tiene lugar, verdaderamente, en el espíritu de una mujer, muy bien interpretada por Sylvia Sydney. Es una historia de anarquistas, que practican la acción directa por medio de sabotajes en la ciudad. Uno de éstos es el marido de la muchacha, dueña de un cine de barrio, que se ha casado con el para tener protección para su hermano pequeño, un niño precoz. Un policía vigila al presunto saboteador, que recibe los explosivos de un hombre extraño, en una vieja tienda. Todo el suspenso de Hitchcock radica en la creciente sospecha de la esposa sobre las actividades de su marido, indirectamente provocadas por el policía, cuya identidad no conoce, y que la ama. Se trata de dar el gran golpe, con una potente bomba de tiempo, que ha de explotar a determinada hora. Es el único momento en que el suspenso se hace concreto. El saboteador, vigilado por el policía, no puede llevar la bomba, escondida en un paquete, y encarga al niño de que la transporte al lugar convenido. El niño se entretiene continuamente en el camino, lo mismo con un sacacumulas, que le limpia los dientes, que con un desfile oficial. Y el reloj avanza

hacia su hora. Al fin, el niño va en un autobús lleno de gente y la bomba estalla, destruyéndolo. Cuando la mujer acaba por comprender que la víctima de aquella explosión ha sido su hermano, se siente atacada de obsesión homicida. Esid sirviendo la cena al marido, y sobre la mesa está el cuchillo de partir el pan, como en «Chantaje». El suspenso se hace aquí alto e inaprensible: son los gestos, casi imperceptibles, de los dos esposos. El hombre siente cómo su mujer lo va a matar con aquel cuchillo. Pero no hace nada o, quizá, no quiere hacerlo. Y su mujer lo mata. Vuelve la situación de «Chantaje». Porque el anarquista fabricante de bombas ha llegado al cine, es asesado por la policía, todos corren por detrás de la pantalla donde se sigue proyectando la película. Aquel hombre lleva siempre consigo una bomba, para suicidarse y matar a todo el que se le acerque, cuando se sienta perdidó. Así lo hace, el cine vuela, las huellas del asesinato desaparecen, el detective calla el crimen de la mujer y los dos vivían con su amor y su secreto. «La dama desaparecida» o «Alarma en el expresos» (The Lady vanishes, 1938), es otro film muy logrado, pero más en la línea de «El hombre que sabía demasiado» y «Retrato y nueve escalones», con sus cambios inesperados y su humorismo. La mayor parte de los guiones de estos films son adaptaciones de la argumentalista Alma Reville, con la que se ha casado.



«La sospecha», con Joan Fontaine y Cary Grant

368

VILLEGAS LOPEZ

nuevo cine francés, responde a las tradiciones cinematográficas de Francia. En mi libro «Cine francés (1947)», definía el cinema de Francia según estos caracteres: racionalista, realista, intelectual, literario y pictórico. A pesar de ciertos cambios, estos cinco puntos siguen vigentes en la cinematografía francesa. En Remais, indudable personalidad genuina, vienen a parar las líneas que arrancan de Germaine Dulac y de Jean Cocteau, a veces muy manifestistas. Pero, quizá sobre todo, el más representativo y tradicional de los viejos realizadores franceses, verdaderamente insuspechados: Abel Gance. Como éste, Remais adopta unas posiciones re-

HITCHCOCK (Alfred Joseph)

DIRECTOR. Nació el 13 de agosto de 1899, en Londres, Gran Bretaña. Hijo de un comerciante de aves al por mayor, de religión católica, fue educado severamente, y estudió en un colegio de jesuitas. Su padre pretendía que fuese ingeniero, pero al muchacho le atraía el arte, especialmente el dibujo. Como tal se empleó en una agencia de publicidad, en la que estuvo poco tiempo, y después pasó a la compañía telegráfica W. T. Henley. Pero el cine

novadoras, dirigidas al futuro, sobre unos temas y asuntos pasados, retróscos, insignificantes. Sobre ellos, injerta valores de nuestra época, pero en sí mismos escasamente pueden representar, porque no la abordan de manera frontal. Es lo que acabará por ser peso muerto en las películas de Remais. En cambio, son un punto de partida hacia otro lenguaje cinematográfico, que está implícito en ellas, pleno de atisbos y promesas. Lo que en sí son, significa mucho menos que lo que pronostican y anuncian. La cuestión es que este punto de partida, que es verdaderamente «Hiroshima», no amaura sea utilizado en todas sus posibilidades.

ejercía sobre él una enorme atracción, denunciaba por Wardour Street —la calle de las productoras cinematográficas londinenses— dispuesto a encontrar un nuevo empleo en esta profesión. Un actor, que trabajaba ocasionalmente en la compañía telegráfica, le abrió las puertas de la ciudadela, como dibujante de títulos, para el cine entonces mudó. Era el 1920. En segunda llegó a jefe de la sección de títulos de la productora norteamericana Famous-Players-Lasky, que acababa de instalarse en Inglaterra y levantar los estudios de Islington. En 1922, el director de una película cayó enfermo, el protagonista se comprometió a terminarla, pero debió recurrir al joven Hitch-



Alfred Hitchcock

365

VILLEGAS LOPEZ



*Treneta y nueva escalonera; con Madeline Carroll y Robert Donat

HITCHCOCK

VILLEGAS LOPEZ

HITCHCOCK

Cock, y así se encontró éste por primera vez dirigiendo. Intenta quantar etapas; se asocia con la actriz Clare Greet para dirigir y producir una película, «Número dieciséis», en 1922, de ambiente popular, pero la empresa francesa y la película queda sin acabar. Entonces llega Michael Balcon (véase), el gran creador del cinema británico, y toma a su cargo los estudios, que acaba de abandonar la empresa norteamericana. En ese mismo año, es ayudante de dirección en «De mujer a mujer» (Woman to woman), dirigida por Graham Coates. Interviene en cuatro películas más, como ayudante, decorador y montador. En 1925, Balcon trabaja en coproducción con empresas alemanas, y comienza que Hitchcock dirija, en Munich, sus dos primeras películas: «The pleasure gardens» (1925) y «The mountain eagle» (1926). La primera fue un éxito y la segunda un fracaso, pero el primer prestigio del nuevo realizador queda establecido para siempre, durante cuarenta años de profusa y variada obra.

Su verdadera primera película, ya con sus caracteres peculiares, es «El inquilino» (The Lodger, 1926), que es también su primer gran éxito. Se trata de una novela de Helene Lowndes, con guion de su entonces argumentista habitual, Eliot Stampard, obra muy popular en Inglaterra, y que ha sido llevada posteriormente, varias veces a la pantalla. El tema se basa en un hecho real, lo que hay que subrayar. Jack el Destripador aterrorizó a Londres, durante dos años (1887-89), con sus crímenes cometidos en el barrio de White-Chapel: decapitó y abrió el vientre a once mujeres. Se dice que la policía, desesperada, acabó por recurrir a

las islas de Man y un juez. Aquí aparece una de las cualidades fundamentales de Hitchcock, no propiamente artística, pero bien necesaria para la carrera de todo realizador: saber adaptarse y aprovechar todas las circunstancias y temas que éstas le ofrecen, para lograr el éxito, sin dejar de pertenecerse a sí mismo. Ya en tonces, su nombre como realizador vale en las cineferias tanto como el de los actores, lo que es verdaderamente insólito.

Pero será con la llegada del cine sonoro cuando Hitchcock cobrará su gran plenitud. También el cinema inglés, del que Hitchcock continúa la primera avanzada fundamental, va a renacer, desde los lejanos tiempos de Hepworth (véase) y la escuela de Brighton. Son 14 películas, desde 1929 a 1935, en las que se cuentan cuatro o cinco verdaderas obras maestras del género policíaco. En ellas crea su famoso «suspense», el suspense o lo Hitchcock, que es la quintesencia y la más aguda cópida del ánimos policíaco. En torno a este suspense, aquí perfectamente armado, ha de girar toda su obra. «Chantajes» (Blackmail, 1929) se filmó muda, pero la llegada del sonoro obligó a hacer hablar a los actores y emplear los recursos necesarios de la nueva modalidad. Hitchcock relevó en este caso toda su maestría. Juega con ese chantaje como un deportista con una pelota, enigmático de uno a otro, para dejar al espectador en la constante ansiedad de dónde irá a parar. Una muchacha, novia de un detective, va al estudio de un pintor, que trata de abusar de ella y ésta le mata con un cuchillo de cortar pan. Un desconocido trata de chantajearla, pero el detective lleva las sus-

pectivas sobre el chantajista, haciéndole a su vez víctima de un chantaje. Perseguido por la policía, corre sobre los techos del Museo Británico —una escena directa del realizador—, que por una claraboya y se mata. El asunto queda oficialmente aclarado. Pero la mujer confiesa a su novio su crimen, ambos callan y aceptan juntos la culpabilidad y el silencio. El film está muy bien hecho y los efectos sonoros empleados con imaginación y eficacia, entonces audaces. En la conversación sin tregua, que la muchacha debe soportar, solo que insistente y repetida la palabra quehillo. Fue un éxito inmenso en Inglaterra. «El hombre que sabía demasiado» (The Man who knew too Much, 1934), con Peter Lorre de protagonista, es una buena película, con el suspense entrelazado y quebrado por sorpresas continuas; hará una nueva versión en los Estados Unidos. En realidad, antepuso sus grandes películas posteriores.

«Treneta y nueva escalonera» (The Thirty-Nine Steps, 1935) es una indiscutible obra maestra de lo policíaco, con el suspense puesto al máximo y siempre montado sobre la sorpresa. Aquí se materializa en una situación y un objeto concreto. El hombre perseguido por una banda de espías, a los que tiene que desemmascarar, se encuentra sujeto por unas esposas a una muchacha, que le cree un delincuente, por haber sido denunciado a la policía por los espías mismos. Juntos huyen, a la vez de la policía y de las esposas, en un entrelazamiento de acciones llevadas con una perfección, ligereza y humor extraordinarios. Es la película que da a Hitchcock renombre uni-



*Saboteajes (1936), una de sus mejores películas inglesas